



Antonio Rubial e Iván Escamilla

“Un Edipo ingeniosísimo. Carlos de Sigüenza y Góngora y su fama en el siglo XVIII”

p. 205-222

Carlos de Sigüenza y Góngora. Homenaje 1700-2000. II

Alicia Mayer (coordinación y presentación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2002

322 p.

(Serie Historia Novohispana 67)

ISBN 968-36-9676-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/371_02/sigüenza_gongora.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



UN EDIPO INGENIOSÍSIMO. CARLOS DE SIGÜENZA Y GÓNGORA Y SU FAMA EN EL SIGLO XVIII

ANTONIO RUBIAL E IVAN ESCAMILLA
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Junto con sor Juana Inés de la Cruz, Carlos de Sigüenza es una de las figuras más reconocidas de nuestro pasado virreinal. Su fama es resultado, no sólo de la innegable trascendencia de su actividad como coleccionista y polígrafo, sino también de un proceso histórico. La construcción de una imagen gloriosa del sabio, que se inició cuando él aún vivía y que desarrollaron las generaciones de intelectuales novohispanos del siglo XVIII, es un fenómeno historiográfico que no ha recibido suficiente atención. El objeto de este ensayo es mostrar el proceso de elaboración de una figura heroica en la que los miembros de la *intelligentsia* preilustrada e ilustrada se verían reflejados a sí mismos y a sus aspiraciones. Este personaje fue un elemento más del imaginario con el que esos hombres intentaron construir su proyecto de nación.

El anticuario

“Don Carlos de Sigüenza y Góngora...
viviente archivo de información culta
y erudita de este reino”.¹

En 1700 moría Sigüenza, y en su testamento dejaba a la Compañía de Jesús una de las más impresionantes colecciones de antigüedades mexicanas jamás reunida hasta entonces. Su sobrino Gabriel López de Sigüenza, en el prólogo al *Oriental Planeta Evangélico*,² fue el primero en dar noticias más precisas sobre este “museo” (nombre que se daba a tal tipo de repertorios); según él, contenía 28 volúmenes de manuscritos

¹ Francisco de Florencia, *La milagrosa invención de un tesoro escondido*, p. 39.

² Gabriel López de Sigüenza, carta dedicatoria al *Oriental Planeta Evangélico*, en José Toribio Medina, *La imprenta en México*, v. III, p. 243.

(12 en folio y 16 en cuarto), códices, mapas y documentos en náhuatl y castellano, originales y transcritos; la colección se completaba con una selecta biblioteca de historia, ciencias, filosofía y teología que se acercaba a los 500 volúmenes.³ A lo largo de su vida, Sigüenza había recopilado este material que provenía de compras, donaciones, préstamos e intercambios. La parte central de la sección correspondiente al mundo indígena la formaban los papeles y escritos de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, que Sigüenza había obtenido de su sobrino Juan de Alva Cortés. Además de las propias obras del historiador mestizo, la colección incluía las de Fernando Alvarado Tezozómoc, Juan de Pomar, Diego Muñoz Camargo, Domingo Chimalpain, Pedro Gutiérrez de Santa Clara y Alonso de Zorita, el llamado Códice Ixtlilxóchitl y mapas antiguos. En otras secciones existían libros y documentos sobre las apariciones de la Virgen de Guadalupe, los papeles del jesuita Manuel Duarte acerca de la predicación de santo Tomás en América, copias de documentos de diversos archivos familiares (como el de los marqueses del Valle) y corporativos (como el del Ayuntamiento) y textos científicos inéditos (los de fray Diego Rodríguez por ejemplo). Finalmente estaban también sus propias obras, tanto las impresas como las manuscritas.⁴

El “museo” de Sigüenza ya gozaba de gran reputación entre los contemporáneos del sabio criollo. El franciscano fray Agustín de Vetancurt habla de él y de lo útiles que le resultaron sus materiales en la elaboración de su *Teatro*.⁵ El jesuita Francisco de Florencia, cita en su *Estrella del Norte de México* dos documentos guadalupanos de la colección Sigüenza, mientras que el viajero napolitano Giovanni Francesco Gemelli Carreri lo menciona continuamente a lo largo de su *Giro del Mondo* y publica varias imágenes sacadas de sus códices.

Esta colección comenzó a dispersarse desde el momento mismo de la muerte de su propietario pues, como nos cuenta su sobrino Gabriel López de Sigüenza, varios libros y papeles fueron sustraídos de ella antes de que pasara al colegio de San Pedro y San Pablo, además de los que él había donado en vida y de aquellos que permanecieron en poder de su familia. Sin embargo, cuando Lorenzo Boturini la conoció alrededor de 1740 aún estaba muy completa. De hecho, el historiador milanés se aprovechó copiosamente de ella e incluso sustrajo diversos documentos para acrecentar su propio “museo indiano”, como lo ase-

³ Eguiara y Eguren refiere que Sigüenza donó al colegio de los jesuitas 470 volúmenes, pero algunos otros debieron parar en otros herederos. *Biblioteca mexicana*, v. II, p. 735.

⁴ Irving A. Leonard, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Un sabio mexicano del siglo XVII*, p. 192 y s.

⁵ Agustín de Vetancurt, *Teatro mexicano*, Catálogo de autores...

gura Cayetano Cabrera y Quintero.⁶ Para cuando el bibliógrafo Juan José de Eguiara y Eguren revisó la colección alrededor de 1752, ya sólo restaban en ella ocho volúmenes de manuscritos, y la biblioteca se había confundido en el acervo común del colegio.⁷

A raíz de la expulsión de los jesuitas en 1767, la colección sufrió una fuerte merma con los diversos traslados de los fondos del Colegio de San Pedro y San Pablo. Con todo, la fama del repositorio más importante de documentos antiguos mexicanos se mantuvo viva en la historiografía ilustrada y se lo siguió citando hasta principios del siglo XIX.

El historiador de las antigüedades indígenas

No me atrevería a publicar esto si no estuviese asegurado con el gravísimo testimonio del sabio Sigüenza y Góngora que vale por ciento, porque además de su grande erudición, sinceridad y crítica, fue el hombre que con más diligencia trabajó en esta materia, consultando a los mexicanos y tezcocanos más instruidos y estudiando sus historias y pinturas.⁸

Desde su exilio en Bolonia, el más crítico de los historiadores del siglo XVIII, el jesuita Francisco Javier Clavijero, expresaba con estas palabras la admiración y respeto que sentía por la obra de su predecesor en el estudio de la antigua cultura náhuatl. Su actitud es el ejemplo de una posición generalizada en toda la centuria entre quienes, sin haber podido ver directamente los papeles de su colección ni sus propios escritos, lo consideraron (junto con fray Juan de Torquemada) como la máxima autoridad en esta materia.

Desde que Sebastián de Guzmán, en el prólogo de la *Libra astronómica*, mencionara por primera vez la existencia de la *Ciclografía mexicana* de Sigüenza, el prestigio del sabio como astrónomo y matemático quedó vinculado con sus estudios sobre el calendario indígena y con su fama como recopilador de los códices que hablaban de esos temas. Los historiadores del siglo XVIII exaltaron el rescate de estas fuentes y el haberlas interpretado con un método científico, como dos de los grandes aportes de Sigüenza a la historia.

El primero que otorgó a Sigüenza un halo de prestigio como investigador de los calendarios prehispánicos fue Lorenzo Boturini. Su admiración comienza cuando habla de los intentos arqueológicos del sabio

⁶ Cayetano Cabrera y Quintero, *Escudo de Armas de México*, p. 325 y 334.

⁷ Elías Trabulse, *Los manuscritos perdidos de Sigüenza y Góngora*, p. 51.

⁸ Francisco Javier Clavijero, *Historia Antigua de México*, lib. VI, cap. 27, p. 180.

novohispano en la pirámide del sol en Teotihuacán,⁹ pero son, sobre todo, sus intereses sobre el calendario los que lo llevan a mencionar continuamente la obra de Sigüenza y a lamentar la pérdida de sus trabajos. Junto a esa posición laudatoria hacia el sabio, Boturini introduce continuos vituperios contra el viajero Gemelli, por su falta de precisión al tratar el tema, sobre todo habiendo tenido tal maestro. Así, al final del párrafo X de la Edad II dice: “ni puedo dejar menos de admirarme que habiendo tenido dicho autor [Gemelli] estrecha amistad con don Carlos de Sigüenza y Góngora catedrático de matemáticas de la Universidad de México, y quizá visto su Ciclografía indiana, que yo busqué con tanto anhelo infructuosamente, escribiese tantos absurdos que no los puedo pasar por alto”.¹⁰ Ambas actitudes, la de exaltación a Sigüenza y la de censura contra Gemelli, serán una constante en los historiadores novohispanos en adelante.

Boturini también fue el iniciador del otro gran tema sigüenciano que apasionó a los estudiosos del mundo indígena del siglo XVIII: la identificación de santo Tomás con el sacerdote Ce Acatl Topiltzin Quetzalcoatl. Como fundamento de sus ideas al respecto adujo, sin nombrar al autor, el tratado del jesuita Manuel Duarte *Pluma rica, nuevo fénix de América*. El texto había estado entre los papeles del anticuario criollo y con toda seguridad de ahí lo sustrajo Boturini. Es muy significativa la ambigüedad con que se refiere a su posesión de tal manuscrito: “Además, tengo unos apuntes históricos de la predicación del glorioso apóstol santo Tomás en la América. Hállanse en 34 fojas de papel de China que supongo sirvieron a don Carlos de Sigüenza y Góngora para escribir en el mismo asunto la obra *Fénix de Occidente* que no he podido hasta la presente conseguir”.¹¹

Boturini consideró a don Carlos como un sabio pero, como extranjero, no insistió mayormente en su condición de criollo. Esto sería la labor de uno de sus compatriotas novohispanos: José de Eguiara y Eguren. El autor de la *Biblioteca mexicana* exalta la figura de Sigüenza en dos sentidos: uno, al presentar en sus prólogos los logros culturales del mundo indígena, sus calendarios y bibliotecas, los avala con la autoridad y sabiduría de quien rescató sus papeles y los estudió con profundidad; en segundo lugar, al hablar del personaje en su sección de biografías, lo presenta como un orgullo de la Nueva España frente a quienes negaban las capacidades morales e intelectuales de los criollos.¹²

⁹ Lorenzo Boturini, *Idea de una nueva historia de la América septentrional*, Edad II, párrafo V, p. 52.

¹⁰ *Ibidem*, p. 56.

¹¹ *Ibidem*, p. 131.

¹² Eguiara, *op. cit.*, v. I, p. 57, 67 y v. II, p. 720 y s.

Pero sin duda quien alabó con mayor envidia al sabio criollo y quien lo justificó y exculpó de sus aparentes errores fue Mariano Fernández de Echeverría y Veytia en su *Historia antigua de México*. Como a la mayoría de los sabios ilustrados, a Veytia le preocupa el problema de los cómputos calendáricos y de la adecuación de las fechas cristianas e indígenas, y también, como la mayoría, sólo conocía de Sigüenza algunos de sus lunarios o pronósticos anuales; precisamente en uno de ellos, el de 1681, el sabio criollo había incluido una cronología de los gobernantes de México desde la fundación de la ciudad, con las correspondencias entre el calendario indígena y el cristiano. A partir de esas efemérides, Veytia estableció su propio cómputo calendárico, como lo da a entender cuando habla de un cálculo erróneo sobre la fecha del diluvio fijado por Sigüenza: “Pero advierto que la mayor parte de las épocas que iré señalando en los sucesos de la historia arregladas a mis cómputos, están conformes con las de Sigüenza, y esto me hace sospechar que hubiese padecido algún equívoco en ésta”.¹³ Páginas después, al elucubrar sobre la fecha de la fundación de Tenochtitlan, Veytia acepta la que da Sigüenza de 1327, “porque es el cómputo que viene más ajustado al orden de los sucesos... Fuera de que el crédito y autoridad de Sigüenza es para mi de mucho peso, pues fue muy notoria su grande instrucción y las singulares noticias que adquirió de la historia antigua de estas gentes”.¹⁴

Esta devoción por el legado de Sigüenza hace a Veytia suscribir las críticas de Boturini en contra de la mala interpretación que Gemelli hiciera de los materiales que le proporcionó el sabio; al referirse al calendario publicado en el *Giro del Mondo*, y a los muchos errores que contiene, exculpa a don Carlos de ellos diciendo: “antes tengo yo positivos fundamentos para persuadirme a que siguió la misma [opinión] que yo asiento, porque los más de mis cómputos, como se verá en el discurso de esta obra, concuerdan con los de Sigüenza”.¹⁵ Más adelante, vuelve a denostar al viajero napolitano por sus escuetas y erróneas noticias, negando que las tomara del erudito, “cuya fama dura todavía en este reino y no concuerda con los documentos de los indios de que se instruyó Sigüenza”.¹⁶

Veytia, como Boturini, también hace alusión al polígrafo en su extensa disquisición sobre la predicación de santo Tomás en Indias. El capítulo donde trata del tema se inicia con los trabajos de Boturini

¹³ Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, *Historia antigua de México*, v. I, p. 11.

¹⁴ *Ibidem*, v. I, p. 330.

¹⁵ *Ibidem*, v. I, p. 49.

¹⁶ *Ibidem*, v. I, p. 289.

por conseguir el *Fénix de Occidente*, y con sus propios infructuosos intentos. “No dudo —señala— que si la hubiera conseguido satisfaría plenamente la curiosidad y el buen gusto de mis lectores; porque considero, según la vasta erudición del autor, especialmente en las antigüedades de los indios, que sería una obra completa”.¹⁷ Para Veytia, como para muchos autores del siglo XVIII, el hecho de que Sigüenza se hubiera ocupado de este asunto era prueba suficiente para considerarlo plausible, aun cuando se desconociera lo que en realidad había escrito.

Esta actitud comenzó a cambiar a partir de la obra del jesuita Francisco Javier Clavijero quien, con la postura crítica que lo caracteriza, se manifiesta en desacuerdo con la hipótesis de la predicación apostólica, no obstante su admiración por Sigüenza. Al hablar del *Fénix de Occidente* señala: “Por carecer del dicho manuscrito nos abstenemos de la censura de una opinión a que, salvo el respeto que tenemos a las luces del autor, no podemos asentir”.¹⁸ Ese mismo respetuoso escepticismo es el que muestra el jesuita al revisar las teorías expresadas por Sigüenza, en su *Teatro de virtudes políticas*, sobre el origen egipcio de los antiguos mexicanos a partir de la existencia de pirámides y del uso de jeroglíficos. Clavijero considera esos argumentos insuficientes, ya que las pirámides tuvieron diferentes usos en las dos civilizaciones, en tanto que los jeroglíficos fueron usados por muchos otros pueblos. Aunque no desmiente la opinión de Sigüenza, opina “que no es una verdad que pueda asegurarse”.¹⁹ En contraste, para rebatir a Cornelius de Paw y a los demás detractores de América, Clavijero usa la figura del erudito y sus trabajos para resaltar la escritura, la lengua y los conocimientos de los indígenas.

Siguiendo a Clavijero, los historiadores posteriores reforzaron la imagen de Sigüenza como un hombre crítico y científico, atribuyéndole las actitudes que ellos mismos, como ilustrados, tenían. Antonio de León y Gama, quien cita al sabio muy escasamente, al hablar a propósito de la discusión sobre el inicio del año mexicano, señala: “hace fuerza que este sabio americano no hubiera dado a luz su pensamiento en alguno de sus muchos escritos que corren impresos, y principalmente en sus pronósticos anuales, donde ponía la correspondencia de aquel año nuestro con el año mexicano; a lo menos en las obras que yo he visto tuyas no lo he encontrado. Puede ser que en un manuscrito que citan el mismo Gemelli, el padre Betancurt y el editor de su docta obra

¹⁷ *Ibidem*, v. I, p. 135.

¹⁸ Clavijero, *op. cit.*, Libro VI, cap. 4, pp. 152 y s.

¹⁹ *Ibidem*, Libro X, cap. 1, p. 430.

titulada *Libra Astronómica y filosófica*, esto es, en su *Ciclografía o Año mexicano*, se fije el principio de él en el día 10 de abril. Pero este manuscrito sólo fue visto por algunos de sus contemporáneos, y lo debió de suprimir después, por no poderse conformar con él los días citados por los indios en muchas de las historias de ellos que tenía en su poder”.²⁰ Esta supresión voluntaria de su manuscrito por el propio Sigüenza (tan eficaz que se ocultó “a la gran sagacidad y diligencia del mismo Boturini”), debió parecer comprensible a un científico como León y Gama, quien no se hubiera atrevido a dar a luz resultados que no fueran sólidamente demostrados.

Tanto en su obra historiográfica, como en la científica, las menciones que Antonio de León y Gama hace de Sigüenza son meramente honoríficas. Él, como sus contemporáneos, alababa su labor de anticuario de la cual todos se sentían deudores, pero al mismo tiempo se enfrentaba al innegable hecho de la desaparición de la obra personal del sabio. La fama de Sigüenza, como historiador del mundo prehispánico, se había construido sobre la endeble base de unas cuantas citas indirectas hechas por sus coetáneos, algo que era insuficiente para las pretensiones científicas de los últimos ilustrados del siglo XVIII. De la exaltación retórica que hicieran de su figura un Eguiara o un Veytia, se había pasado a una discreta mención escéptica que presagiaba el olvido en que caería en el siglo XIX.

El historiador guadalupano

Ahora que se nos han venido a la pluma las casas todas de esta ciudad..., pareció más oportuno averiguar cuál de ellas, o en qué sitio de las que hoy permanecen, fue la que se ennobleció con su primer visita, y en que aconteció la célebre aparición de su imagen [de la Virgen de Guadalupe]. Varias fueron, antes que publicase su historia el padre Francisco de Florencia, las que disputaban esta dicha... A éstas y otras quitó su antigua posesión el citado padre..., afirmando haber acontecido la aparición de la imagen ante el obispo, en la casa que vivía entonces, que son de los condes de Santiago..., noticia que afirma haber participado al Lic. Becerra Tanco... D. Fernando de Alva... Pero el célebre D. Carlos de Sigüenza y Góngora... en fragmentos de papeles suyos que hemos afanado bastante, y ojeamos al presente, se queja amargamente de los que sugirieron a tan notable historiador esta noticia... Duda de la aserción de Becerra Tanco, a quien asegura comunicó con estrecha

²⁰ Antonio de León y Gama, *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras...*, Primera parte, p. 80.

amistad algunos años, y referídale la aparición con todas sus circunstancias, y muchas más antiguallas de los indios, no una, sino muchísimas veces, y nunca haberle oído tal cosa... y pudo también recelar la ministrase don Fernando de Alva, en cuyos papeles, que asegura poseyó todos, no la halló escrita ni apuntada.²¹

Junto con las antigüedades indígenas, el otro gran tema historiográfico que contribuyó al prestigio de Sigüenza durante el siglo XVIII fue el de la tradición de las apariciones de la Virgen de Guadalupe. Aquí no se trataba únicamente de sus méritos como coleccionista de “monumentos” guadalupanos, ya que a diferencia de lo que pasó con sus escritos “indigenistas”, Sigüenza sí publicó algunas de sus investigaciones sobre el tema. En su *Piedad heroica*, mediante documentos del siglo XVI, probaba la ubicación del palacio de Zumárraga en 1531, y por consiguiente el lugar donde se había revelado la imagen ante el primer obispo. Con ello dotaba de un rasgo de historicidad a uno de los pasajes más importantes del relato guadalupano.

Detrás de esta aseveración, no sólo había un afán de precisión por parte del historiador, en ella también se encontraba una polémica con Francisco de Florencia, quien en su *Estrella del norte de México* había señalado una ubicación distinta para las casas episcopales. Pero la discusión iba más allá; Florencia publicó en esa misma obra que el autor de la relación manuscrita sobre las apariciones que le prestara Sigüenza era fray Jerónimo de Mendieta y no Antonio Valeriano, como se lo había dicho el anticuario. En la *Piedad heroica* éste deja ver una dolido queja por la escasa crítica y novelería con que Florencia escribió su libro sobre las apariciones, yendo contra la tradición y las mismas relaciones históricas, asegurando: “ni ha habido, ni hay, ni puede haber tradición en contra de lo que tengo escrito, y quien al dicho R.P. se la propuso y aseguró merecía, como autor de novedades quiméricas, grave castigo... Si fuera este lugar de quejas, las diera muy grandes de semejante impostura”. Para reforzar su argumentación en contra de Florencia agregó: “Digo y juro que esta relación hallé entre los papeles de D. Fernando de Alva, que tengo todos [...] El original en mexicano está en letra de Don Antonio Valeriano indio, que es su verdadero autor, y al fin añadidos algunos milagros de letra de Don Fernando, también en mexicano. Lo que presté al R.P. Francisco de Florencia fue una traducción parafrástica que de uno y otro hizo don Fernando, y también está de su letra”.²²

²¹ Cabrera, *op. cit.*, p. 459.

²² Carlos de Sigüenza, *Piedad heroica*, p. 64 y s.

Los lectores dieciochescos de la *Piedad heroica*, que desconocían la polémica entre ambos autores, se concentraron en el valor que la obra del sabio tenía como sustento de la historicidad de la tradición, y atribuyeron al juramento de Sigüenza un significado que éste no le había dado. Uno de ellos sobre todo, Cayetano Cabrera y Quintero, fue quien resaltó la imagen de Sigüenza como autoridad en el tema, para contrastarla con la labor que en su época realizaba el sabio Boturini, considerado por él como plagiarlo y advenedizo. Cabrera, quien fue uno de los pocos autores que citó el texto original de la *Piedad heroica*, llamó la atención sobre el juramento de Sigüenza, aunque confunde la relación de Valeriano con el *Huey tlamahuízoltica* que imprimió Lasso de la Vega en 1649.²³

Pero las referencias a Sigüenza en Cabrera no acaban ahí. Hablando de las fiestas de jura de 1737 (a las que hace referencia el epígrafe a este apartado), el historiador guadalupano aprovecha para hacer una digresión acerca del lugar donde se hallaban las casas obispales de Zumárraga y en donde, de acuerdo con la tradición, se habría mostrado la imagen al prelado. Con mucha alharaca, Cabrera dice que demostrará donde se hallaron las casas de Zumárraga, pues “no será con menos instrumentos que con cuenta y razón del mismo V. Obispo [...] todo se percibe de lo que expendere en este asunto, y el primero dueño, compra, precio y destino de estas casas, de un libro manuscrito que poseyó con otros muchos D. Carlos de Sigüenza, y para hoy en la librería del Colegio Máximo de la Compañía de Jesús de esta ciudad; y parece haber sido manual del señor D. Juan de Zumárraga, donde tomaba razón del importe de los diezmos que percibía y las cosas, aunque muy menudas, en que los gastaba”.²⁴ Tanto el libro manual, como las citas, son sin posibilidad de confusión aquellos a los que se refiere Sigüenza en la *Piedad heroica*. Lo notable es que Cabrera presenta como suyo el descubrimiento, lo cual despierta ciertas sospechas: ¿cómo llegó a sus manos el libro de Zumárraga?; ¿Cómo supo que perteneció a Sigüenza si, según Eguiara, no había señas externas que distinguieran los libros del sabio criollo de los demás de la biblioteca del Colegio Máximo?; ¿la admiración por la obra del polígrafo llegó al extremo de justificar el robo de sus escritos y documentos, pecado del que al parecer ninguno de sus admiradores estuvo exento?

²³ Cabrera, *op. cit.*, p. 333-334. Véase Stafford Poole, *Our lady of Guadalupe*, cap. VII sobre el problema de la atribución del *Nican Mopohua* a Valeriano y la confusión, que se inició desde Sigüenza, entre la relación que éste poseía y el texto que imprimió Lasso de la Vega.

²⁴ *Ibidem*, p. 460.

Al ser citado por Cabrera, Sigüenza se convirtió en una autoridad de referencia forzosa en el tema guadalupano y el prestigio de su figura se utilizó como un argumento más en favor de la autenticidad de la tradición; si un sabio de su talla estaba convencido de la veracidad del hecho y había aportado pruebas para su demostración, éste no podía ser cuestionado. La autoridad del polígrafo saldría a relucir con mayor fuerza en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando los fundamentos de la tradición fueron cuestionados por el racionalismo.

Uno de los estudiosos que utilizó a Sigüenza en este sentido fue José Patricio Fernández de Uribe quien, en su *Disertación histórico crítica* de 1778 sobre las apariciones, dedicó una sección a demostrar que Antonio Valeriano había sido el autor de la relación primitiva de las apariciones que Florencia citara en su libro y que Sigüenza le había prestado en versión parafrástica. Esta discusión tiene un doble valor: por un lado, demuestra (como señaló bien Elías Trabulse) que lo que quedaba de la colección de Sigüenza seguía siendo una mina de oro para los eruditos del siglo XVIII, quienes buscaban tales restos con avidez; por otro lado, tal como lo ha señalado Stafford Poole, dicha discusión abrió un rumbo totalmente nuevo para los apologistas guadalupanos. En efecto, al referirse a la afirmación de Sigüenza sobre la autoría de la relación primitiva de las apariciones, Uribe señala: “es necesario trasladar a la letra lo que este autor tan sabio y tan recomendable dice a este propósito, pues que su dicho confirma vigorosamente lo que voy probando”. Para Uribe, bastaba “para la moral certidumbre de ser el autor Valeriano, que unos hombres como Becerra y Góngora lo afirmen y lo juren”.²⁵ Si Sigüenza podía hacer tal afirmación era, según Uribe, porque entre los papeles de Boturini “que los más recogió de los de Sigüenza”, custodiados por la Universidad, había otros manuscritos autógrafos de Valeriano, entre ellos un cuaderno de tributos.

Los historiadores guadalupanos del siglo XVIII tenían también otra deuda con los papeles y las investigaciones de Sigüenza; el erudito, al reforzar el relato construido por los autores que lo precedieron, ayudó a fijarlo, con lo cual se limitaba la posibilidad de desarrollar novedades “ajenas” al corpus tradicional; éste sería el origen de una actitud de intolerancia de la que fue víctima, entre otros, el padre Mier quien, paradójicamente, también se valió del nombre de Sigüenza para demostrar sus heterodoxas tesis guadalupanas.²⁶

²⁵ José Patricio Fernández de Uribe, *Disertación histórico crítica*, p. 203.

²⁶ Servando Teresa de Mier, segunda carta a Juan Bautista Muñoz, en *Testimonios históricos guadalupanos*, p. 772.

El científico

Don Carlos de Sigüenza y Góngora, catedrático que fue de matemáticas en esta Universidad y honor clarísimo de nuestra común patria, escribió diferentes obras de materias matemáticas, filológicas y de antigüedades del reino, de las cuales algunas muy pocas se imprimieron y otras dejó manuscritas que o se han perdido por la mayor parte, o paran ocultas en poder de algunos curiosos avarientos amenazadas de la misma suerte.²⁷

Joaquín Velázquez de León daba en 1774 esta elogiosa opinión de Sigüenza, a quien consideraba como fundador de la rica tradición científica criolla de la que él mismo se sentía heredero. Como en otros aspectos de la cultura, esta actitud era una respuesta ante lo que se consideraba un injusto desprecio de los logros de la ciencia novohispana. Velázquez, al exaltar la figura de Sigüenza, denuncia la patente ignorancia y prejuicio de los europeos, siempre dispuestos a juzgar como inferior todo lo que viniese de América. El sabio del siglo XVIII, al igual que el célebre polígrafo del XVII, cultivaba disciplinas muy diversas y, como él, había ocupado la cátedra de matemáticas de la Universidad.

Uno de los temas científicos en los que la figura de Sigüenza aparecía continuamente en los tratadistas del siglo XVIII, era el problema de la ubicación geográfica de la ciudad de México. Velázquez llegó a la conclusión de que los valores de latitud y longitud para situarla utilizados por Sigüenza en la *Libra astronómica*, eran bastante más exactos que los determinados por los prestigiosos astrónomos europeos Lalande, Cassini y Lahire, a pesar de haberse obtenido en condiciones muy difíciles y con instrumentos mucho menos precisos que los utilizados por ellos. “Ocurrió a los libros de los nuestros -dice-, despreciados de todos sin ninguna razón suficiente, y saqué de ellos una determinación que apenas se diferencia de la más bien observada”.²⁸

El tema suscitó una áspera disputa entre Velázquez de León y José Antonio de Alzate, disputa en cuyo centro se encontraban también los cálculos de Sigüenza. En 1773 Alzate había declarado, en una de sus publicaciones periódicas, que poseía una copia del mapa general de la Nueva España trazado por Sigüenza, donde supuestamente se asignaba a la ciudad de México una latitud de 19°23', lo cual causó gran extrañe-

²⁷ Joaquín Velázquez de León, *Descripción histórica y topográfica del valle, las lagunas y ciudad de México*, p. 193.

²⁸ *Ibidem*, p. 208.

za a Velázquez; éste sabio había deducido de los cálculos de Sigüenza (aunque estos datos no están explicitados en la *Libra*) una latitud de 19°19' y una longitud de 6 horas, 48' y 5" respecto de París para la ciudad de México. Por si fuera poco, Alzate declaró que sus propias observaciones astronómicas y sus cálculos sobre la posición de la capital eran, sino los primeros, sí los más exactos hechos hasta entonces en México. Velázquez no quería hacer reproches a Alzate (a quien alaba por su gran talento), pero le parecía inaceptable que, siendo americano, dijera en sus observaciones de un eclipse en 1769 que ese año daba la Nueva España sus primeros pasos en la medición de los cielos. Para Velázquez, ésta era una "expresión libre y precipitada en que con un aire extranjero se confirma positivamente nuestra ponderada incultura; pero ella es falsa tanto como injuriosa a todos los que en México desde su conquista se han dedicado por afición a la astronomía y demás matemáticas".²⁹ Como prueba de su argumento, Velázquez aduce la cita de la *Libra* de Sigüenza, en la que éste ofrece intercambiar libremente con todos los matemáticos sus observaciones de eclipses a partir de 1670, y el ilustrado concluye: "Véase, pues, cómo en aquel tiempo, en que apenas comenzaban a tener alguna forma las Academias de París y la Sociedad de Londres, ya la Nueva España había dado muchos pasos para medírseles al cielo".³⁰

Con todo, estos reproches no eran muy justos; Alzate no sólo no desdeñaba ni ignoraba la labor científica de Sigüenza, sino incluso fue uno de los principales difusores de su legado. Además de utilizar su mapa general de Nueva España como base para el que él mismo realizó entre 1766 y 1768, Alzate publicó en 1786 y 1790 su plano general del valle de México.³¹ De este mapa dice, que el sabio lo "ejecutó con aquellos sus profundos conocimientos, más habiendo usurpado su trabajo varios literatos del tiempo, lo copiaron y lo comunicaron como producción debida a sus fatigas, por lo que remití una copia a Madrid comprobada, que divulgaron los sabios don Tomás y don Juan de López; aún procuré reimprimirlo en México para sostener el mérito del señor

²⁹ *Ibidem*, p. 209.

³⁰ *Ibidem*.

³¹ Elías Trabulse, "La obra cartográfica de Carlos de Sigüenza y Góngora", p. 160 y s. En este brillante artículo no sólo se da a conocer la labor cartográfica del sabio criollo sino además se mencionan las numerosas copias que se hicieron de sus mapas durante el siglo XVIII. Del plano del Valle de México, cuyo original se perdió pero que fue copiado varias veces a lo largo de la centuria, Velázquez de León opinaba que contenía muchos errores, imputables a los copistas y no a Sigüenza. En cuanto al mapa de "las cordilleras", que era un plano general de Nueva España, fue incluido por fray Pablo Beaumont en 1778 en su *Crónica de Michoacán* con una *Descripción* que, según Trabulse, no formaba parte del mapa original. De hecho Alzate, que había elaborado su mapa de Nueva España de 1768 con base en el de Sigüenza, incluyó esta *Descripción* por separado en sus *Gacetas* hasta 1793.

Sigüenza”.³² Por último, Alzate también dio a conocer un trabajo de don Carlos acerca de las distancias entre la ciudad de México y diversos puntos del reino, manuscrito inédito que había adquirido de uno de sus descendientes y del que dice: “todas estas reflexiones manifiestan que la serie de cordilleras que ahora imprimo, las dispuso la perspicacia y el tino de este hombre grande, cuya memoria yace para muchos sepultada en el olvido, aunque otros se aprovechen de sus producciones para hacer de sabios”.³³

La reflexión de Alzate no deja de ser retórica, pues ningún miembro de la república novohispana de las ciencias y las letras tenía olvidada la figura del polígrafo criollo. De hecho, existe evidencia de que los escasos ejemplares de sus obras se coleccionaban con avidez, como pasaba con el impresor Felipe de Zúñiga y Ontiveros, miembro del círculo científico de la ciudad de México.³⁴ Por otro lado, varios de los más destacados intelectuales del siglo XVIII poseían en sus bibliotecas libros que le habían pertenecido. Es el caso, por ejemplo, del ya mencionado Joaquín Velázquez de León, quien tenía al menos dos libros de la biblioteca de Sigüenza, además de su propio ejemplar de la *Libra astronómica*.³⁵ Sin embargo, como pasaba con el resto de su producción, sus obras científicas conocidas eran muy pocas y su valor práctico terminaba siendo de escasa monta, comparado con los avances alcanzados en el Siglo de las Luces en las ciencias cultivadas por el erudito barroco.

El sabio y polígrafo criollo

Y a estas dotes del espíritu añadió el cultivo de la crítica y de la historia y su erudición en las matemáticas disciplinas, por las que llegó a ser muy apreciado en mucho por los más célebres maestros europeos de

³² José Antonio Alzate, *Gacetas de literatura de México*, v. II, p. 46.

³³ *Ibidem*, v. III, p. 60.

³⁴ Arturo Soberón Mora, “Felipe de Zúñiga y Ontiveros, un impresor ilustrado de la Nueva España”, p. 51 y ss.

³⁵ Archivo Histórico del Palacio de Minería, 1786-II, 25 d. 19, “Testimonio de las diligencias practicadas para la aseguración de los libros e instrumentos que existían en poder del Sor. Don Joaquín Velázquez de León”. A raíz del secuestro de sus bienes para pagar sus deudas con el Tribunal de Minería, se hizo este inventario que contiene al menos dos libros de la biblioteca de Sigüenza: Adriaan Metius, *Institutionum Astronomicarum tomus tres*, Franeker, Aegidius Radaeus, 1608, encuadernado con *De novis instrumentis auloris, et modo quo stellarum fixarum situs motusque, solis per eadem observantur*, Franeker, Aegidius Radaeus, 1609; y Guglielmus Oughtredus, *Clavis mathematica denuo Limata sive potius Fabricata*, Londres, Thomas Whitaker, 1648. Estos libros con el ex-libris de Sigüenza se encuentran actualmente en la biblioteca del palacio de Minería. Agradecemos esta información amablemente proporcionada por Omar Escamilla.

su época... atareado en descubrir las antigüedades de la América, una vez obtenidos con la mayor diligencia los monumentos de los indios primitivos, los escudriñó, y con la severísima crítica y lectura asidua de la historia que le preciaban, los revocó a sereno juicio, y los tradujo en libros varios y muchos, donde las cosas anubladas y ocultas las pone a la clara luz del mediodía. Para poder elaborar estas obras había aprendido el idioma náhuatl y la ciencia que ha menester un Edipo ingeniosísimo.³⁶

Con esta semblanza que José de Eguiara pintó de Sigüenza en su *Biblioteca* se dio inicio a la imagen que del sabio se crearon los intelectuales del siglo XVIII: el erudito virtuoso y crítico, el dadivoso coleccionista que gastó de su peculio para salvar los manuscritos antiguos de la incuria, el generoso investigador que compartía con sus colegas sus tesoros, el solitario científico cuya fama fue la única que trascendió las fronteras del reino de Nueva España. Con todo, ya en Eguiara aparece también la queja que otros repetirían después: “muchos fueron sus escritos, que quisiéramos ahora mirar, inéditos que fuesen, y harto sentimos que la mayoría de ellos, o estén sepultados en una especie de pozo de Demócrito, o lo que peor sería, que hayan perecido con daño irreparable para la república de las letras”.³⁷ Pero el ilustre bibliófilo también fue quien introdujo algunos de los errores que se repetirían hasta el siglo XX, como el que convertía a Sigüenza en amigo de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl y en el heredero directo de sus papeles.³⁸

Esta imagen forjada por Eguiara fue embellecida y retocada por sus sucesores. Uno de ellos, el jesuita Andrés Cavo, lo convierte en un héroe que salva del incendio el archivo del Ayuntamiento, dramatizando la breve noticia que diera del hecho Gabriel López de Sigüenza. “Este literato, honor de México, excitado del amor a las letras y de la patria, considerando que en un momento iban a ser consumidos de las llamas los monumentos más preciosos de la historia antigua y moderna de los mexicanos..., con sus amigos, y alguna gente moza y denodada, a quien dio cantidad de dinero, partió para la plaza; y viendo que por las piezas bajas no era dable subir al archivo..., puestas escaleras y forzadas las ventanas, aquellos hombres intrépidos penetraron en aquellas piezas, y aunque el fuego se propagaba por ellas, en medio de las llamas asiendo de aquí y allí los códices y libros capitulares los lanzaban a la plaza, en cuyo ministerio tan arriesgado continuaron hasta

³⁶ Eguiara, *op. cit.*, v. II, p. 721.

³⁷ *Ibidem.*

³⁸ *Ibidem*, p. 722. Irving Leonard (en su *Don Carlos de Sigüenza y Góngora*, p. 105 n.) fue el primero en poner en duda el hecho de que un sabio indígena dejara sus preciados papeles a un niño de tres años, que era la edad que tenía Sigüenza cuando murió Ixtlilxóchitl.

que no dejaron monumento de los que no habían sido devorados por el fuego, que no pusieran a salvo; lamentándose después don Carlos de no haber llegado a tiempo para salvarlos todos”.³⁹

Páginas después, el jesuita dice del sabio: “virtuoso y célebre literato mexicano... nacido para las matemáticas y otras ciencias; sujeto a quien debemos los monumentos que se han conservado de la historia antigua y moderna de los mexicanos... los manuscritos de este insigne varón... los dejó en su testamento a los padres de la Compañía de Jesús, entre quienes vivió muchos años; pero por ruegos de su padre, se vio precisado a dejarlos... La fama de las letras de este eclesiástico no fue como la de los demás criollos que queda sepultada en aquel continente”.⁴⁰ En Cavo, la figura del sabio se convierte en una gloria más de la disuelta y perseguida Compañía de Jesús; al ocultar las verdaderas razones de su expulsión de los jesuitas y al subrayar su pertenencia durante muchos años a esa institución, se liberaba a Sigüenza del pecadillo de juventud que nunca le fue perdonado en vida. Cavo, además, convertía al erudito criollo en una figura universal, cuya labor le había valido el título de cosmógrafo real otorgado en España y la invitación de Luis XIV de Francia para formar parte de su corte de sabios.

Este Sigüenza idealizado por Eguiara, Cavo y otros, no fue patrimonio exclusivo de los eruditos; su imagen se difundió también entre un amplio público lector criollo, orgulloso de sus glorias patrias, como nos lo deja entrever la obra de vulgarización *Tardes americanas*, dada a la imprenta en 1778 por el peninsular acriollado franciscano José Joaquín Granados y Gálvez. Para él, Sigüenza es un “nunca bien ponderado ingenio mexicano... quien después de dar a luz la famosa *Ciclographia*, que nos ha robado de los ojos la desidia o desgracia, e imprimir la *Libra Astronómica y Filosófica*, con que deprimió el orgullo del alemán Eusebio Francisco Kino, y otros muchos papeles sueltos, empleó toda la gloria de sus estudios en utilizar [servir] a el Público con [sus] obras”; y a continuación se limitaba a repetir lo que Eguiara había publicado en su *Biblioteca*.⁴¹

Con estas generalizaciones simplistas, resultado más de la retórica que de un verdadero conocimiento de la vida y obra del sabio, la figura de Sigüenza transitó hasta el siglo XX; en esta centuria su imagen fue revivida por historiadores nacionales como Francisco Pérez de Salazar, o extranjeros como Irving Leonard, quienes cuestionaron por primera

³⁹ Andrés Cavo, *Historia de México*, p. 363-364.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 374-375.

⁴¹ José Joaquín Granados y Gálvez, *Tardes americanas*, p. 414.

vez varios de los rasgos de esta “leyenda” surgida en el siglo XVIII. Con este rescate, se recuperaba una figura que durante el siglo XIX había perdido mucho de su antiguo lustre.

El siglo XIX y el declive de su fama

Alrededor del 1800, José Mariano Beristain y Souza, revisando los papeles que custodiaba la biblioteca de la Real y Pontificia Universidad de México, descubrió con cierta decepción que de la vasta colección de Carlos de Sigüenza sólo quedaban cuatro obras menores; de ella habían desaparecido hasta los ocho volúmenes de manuscritos vistos por Eguiara en el Colegio de San Pedro y San Pablo a mediados del siglo. Cuando Beristain redactó la ficha dedicada a Sigüenza en su *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional*, además de repetir las mismas alabanzas retóricas de sus antecesores, se vio forzado a confesar: “por lo que toca a sus manuscritos sobre la historia antigua de los mexicanos, la mayor parte ha desaparecido, ya por la incuria de sus herederos, ya por la prodigalidad de sus paisanos, y ya por la demasiada industria de algunos viajantes extranjeros, justos apreciadores de los tesoros literarios de los españoles... Los padres Vetancurt y Florencia y los italianos Careri y Boturini nos han conservado a lo menos su memoria”.⁴²

Esta actitud de resignación ante la pérdida irremediable de las obras y de la colección del sabio, daría paso al olvido de sus logros, cuando muchos de los motivos que hacían importante a Sigüenza dejaron de tener vigencia. Sus afirmaciones sobre el México prehispánico, empapadas de hermetismo neoplatónico, ya no podían funcionar frente a una historia crítica como la de Clavijero o ante los recursos de la naciente arqueología; y mucho menos podían convencer las ingenuas teorías de la predicación apostólica o de los orígenes bíblicos de los antiguos pobladores de América. Algo similar ocurrió con el problema de la tradición guadalupana, pues la publicación en Madrid de la *Memoria* contra las apariciones, del académico español Juan Bautista Muñoz en 1817, invalidaría el discurso hagiográfico barroco que avalaba dicha tradición. A partir de entonces el tema se mantuvo vivo, pero en dos esferas separadas; la del culto popular y la del debate público no exento de tintes políticos entre aparicionistas y antiaparicionistas. Por último, en lo referente a las ciencias exactas, la tradición criolla se vio truncada por el embate de la nueva visión introducida por las instituciones borbónicas (Colegio de Minería, Jar-

⁴² José Mariano Beristain y Souza, *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional*, v. III, p. 164.

dín Botánico, Academia de Cirujía, etcétera) que en nada se sentían deudoras de la obra de Sigüenza, actitud que heredó el cientificismo positivista de la siguiente centuria.

La construcción de una figura heroica, de una gloria de las letras y de las ciencias novohispanas, que durante el siglo XVII había servido a los criollos para mostrar al mundo su igualdad con el viejo continente, ya no era para el México independiente mas que una anécdota. Sus logros formaban parte de un mundo que se quería dejar atrás. Hasta la posibilidad de rescatarlo como poeta quedaba truncada ante los juicios estéticos de la crítica literaria, que lo consideró como un autor mediocre y desdeñable. Sigüenza dormiría el “sueño de los justos” hasta su recuperación, durante la postrevolución, época en la que se buscaba consolidar la identidad nacional a partir de la doble herencia de México: la indígena y la hispánica.

OBRAS CITADAS

- ALZATE, José Antonio, *Gacetas de literatura de México*, 4 v., Puebla, Imprenta del Hospital de San Pedro, 1831.
- BERISTAIN Y SOUZA, José Mariano, *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional*, edición facsimilar, 3 v., México, Instituto de Estudios y Documentos Históricos, 1981.
- BOTURINI, Lorenzo, *Idea de una nueva historia de la América septentrional*, estudio preliminar de Miguel León Portilla, México, Editorial Porrúa, 1986. (Colección Sepan Cuantos, 278).
- CAVO, Andrés, *Historia de México*, edición de Ernest J. Burrus, México, Editorial Patria, 1949.
- CLAVIJERO, Francisco Javier, *Historia Antigua de México*, edición y prólogo de Mariano Cuevas, México, Editorial Porrúa, 1964. (Colección Sepan Cuantos, 29).
- EGUIARA Y EGUREN, Juan José, *Biblioteca mexicana*, traducción de Benjamín Fernández Valenzuela, edición de Ernesto de la Torre Villar, 4 v., México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1986-1989.
- FERNÁNDEZ DE ECHEVERRÍA Y VEYTIA, Mariano, *Historia antigua de México*, 2 v., México, Editorial del Valle de México, 1979.
- FERNÁNDEZ DE URIBE, José Patricio, “Disertación histórico-crítica” en *Sermones de la Virgen en sus imágenes del pilar de Zaragoza y Guadalupe de México*, Madrid, Ibarra, 1821.



- FLORENCIA, Francisco de, *La milagrosa invención de un tesoro escondido... en el Santuario de los Remedios en su admirable imagen de Nuestra Señora...*, 2a. ed., Sevilla, Siete Revueltas, 1745.
- GRANADOS Y GÁLVEZ, José Joaquín, *Tardes americanas*, edición facsímil, prólogo de Horacio Labastida, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, Miguel Ángel Porrúa, 1987. (Biblioteca Mexicana de Escritores Políticos).
- LEÓN Y GAMA, Antonio de, *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la plaza principal de México, se hallaron en ella el año de 1790*, edición facsímil de la segunda de 1832, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990.
- LEONARD, Irving, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora, un sabio mexicano del siglo XVII*, traducción de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
- LÓPEZ DE SIGÜENZA, Gabriel, "Carta dedicatoria del *Oriental Planeta Evangélico*", en José Toribio Medina, *La imprenta en México (1539-1821)*, edición facsímil, 8 v., México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1989.
- MIER, Servando Teresa de, "Segunda carta a Juan Bautista Muñoz", en *Testimonios históricos guadalupanos*, edición de Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- PÉREZ DE SALAZAR, FRANCISCO, *Obras de Carlos de Sigüenza y Góngora con una biografía*, México, Sociedad de Bibliófilos Mexicanos, 1928.
- POOLE, Stafford, *Our Lady of Guadalupe, The Origins and Sources of a Mexican National Symbol, 1531-1797*, Tucson, University of Arizona Press, 1997.
- SOBERÓN MORA, Arturo, "Felipe de Zúñiga y Ontiveros, un impresor ilustrado de la Nueva España", *Tempus. Revista de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*, UNAM, núm. 1, otoño 1993, p. 51-75.
- TRABULSE, Elías, *Los manuscritos perdidos de Sigüenza y Góngora*, México, El Colegio de México, 1988.
- , "La obra cartográfica de Carlos de Sigüenza y Góngora" en *Una mujer, un legado, una historia. Homenaje a Josefina Muriel*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2000, p. 157-168.
- VELÁZQUEZ DE LEÓN, Joaquín, *Descripción histórica y topográfica del valle, las lagunas y ciudad de México*, en Roberto Moreno de los Arcos, *Joaquín Velázquez de León y sus trabajos científicos sobre el valle de México, 1773-1775*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1977 (Serie de Historia Novohispana, 25).